
Pliego suelto *de la colmena*

Entrega No. 19 Revista de la UAEM julio-septiembre 1998

EDUARDO OSORIO

Áspid



E. Rodríguez

Grabados del taller TINTA NEGRA
Museo de la Estampa del Estado de México

LA SERPIENTE es tu sombra: no lo sabes.

Acaricia tu espalda y se desliza

—reptante, imperceptible, sangre yerta;
ojo sin párpado bajo tu falda—.

Colmillo sucio, baba ponzoñosa,
bífida lengua sobre tus enigmas:
intersticios del sol donde consagras
sándalo amargo de tu cuerpo.

Húmedo beso es la saudade.

Inquieta tu vello niño

cuando te miras sola pues afuera llueve

—un filo de navaja sedienta
desde su oscuridad acecha, avanza—...

Te defiendes entonces del estremecimiento

pensando sin pensar la ausencia

—melodía temerosa, vuelo estéril—.

Ni en camaleónica hialina

te ocultas

del enemigo.



A. NEGRETTE

Mientras escribo
una mujer
solitaria de oficina
se alza de repente
Estira sus huesos
Cierra las ventanas
Moja sus labios en café
y vuelve silenciosa
a los oficios

La serpiente, no sabes, es tu sombra.

Coralillo que ataca sibilina,
escalofrío del desierto,
aire de tus volcanes que se cuela
por ventanales rotos

—recuerdos de un ritual entre muchachos,
o de un jonrón o simple terremoto—.

La sombra asciende
lamiendo de tus piernas
sus acres humedades.

Serpentea valles,
bosques púberes,
caderas antisisismo.

Sitia la ciega espalda.

En la vibrante nuca
la sorpresa anida como llanto,
como placer arrebatado,
como el gozo temido de los homicidas,
como corazón que tamborilea en un niño,
como espasmo o ensayo de agonía,
como oráculo rojo o recuerdo prohibido.

Sucedío cuestabajo
sobre una bicicleta.

Una niña comenzó a volar.
Y voló con ojo entrecerrado.
Y se rió sin alas.
Y lloró con risa.
Y gozó a solas.

Y despertó mujer
sobre su bicicleta.

Cuando cruzas la calle, no lo sabes,
es serpiente tu sombra entre los otros:
se arrastra por entre pasos sin marcar tu huella.
Cebada por aromas, persigue tu carne
con su lengua al viento: hinca sus colmillos
en tu talón menudo y tú imaginas todo
menos lo evidente.

Cuando cruzas el río, no lo sabes,
tu sombra es la culebra que enrosca los tobillos:
bajo el agua desdibuja tu descalzo pie
y reta al torbellino en busca de su presa.
Devora sanguijuelas para que no te sangren
y luego las escupe para seguir hambrienta
de tu falda y tus labios.

No lo sabes. Sin embargo...

Cuando subes la escalera, cuando la mirada escondes,
cuando cruzas el viento, cuando enciendes la noche,
cuando abres la puerta o clausuras un párpado indiscreto,
cuando te prohibes la ruta del deseo o violas los cerrojos,
cuando comes papel, cuando transmigras,

cuando caes de la Gracia, cuando te persigues,
cuando quiebras la soledad y prometes valor,
cuando sueñas debajo de las caracolas
y te haces pequeñita en la corola azul...

No lo sabes...

Cuando creces entre palmeras o viajas en tu cuervo,
cuando envejeces con miedo o celebras de memoria,
cuando caminas de espaldas y te sonroja la infancia,
cuando avanzas sin lentes por tu cuarto,
cuando te sientas triste sobre una mariposa
o reculas gozosa sobre el sillón antiguo,
cuando vagas como viuda por el continente,
cuando sobrevuelas a ciegas tu palomar
y besas un objeto o una fotografía...

Cuando huyes en taxi pero no escapas,
cuando cruzas por la vida de alguien sin notarlo
como un ferrocarril que aguza los cuchillos.
Cuando vuelas, cuando nadas, cuando brillas...

Cuando cruzas umbrales, deveras, no lo sabes...

La serpiente es un mamífero rotundo, con tentáculos y alas, que se alimenta de senos diminutos. Su sangre es fría como arenal y al atacar desprende una piel cálida que nutre las artes del juguete: la queman en Nueva Guinea para adorar sus cenizas y huicholes la estacan nomás por su belleza.



C. MONTES DE OCA

Mientras lees,
tu sombra avanza oculta entre las líneas de tu palma,
culebrea entre signos y cabalas de necios,
te dice al oído palabras que crees porque nada escuchas:
distráe tus sentidos, vela tus insomnios:

Para qué sirve la vida
absorta en sus teorías si alguna mañana
el gran Estallido del Universo concluirá
y se retraerá de nuevo hasta ser lo que
[siempre fue:
Nada; juegos del Tiempo que nunca
[comprendimos;
Infinito vacío; historias de dinosaurios
que fosilizan la vida, petrifican museos,
se licúan en petróleo, arden otra vez
y vuelan su papalote negro sobre las
[ciudades...

Y, sin embargo, la serpiente sabia,
mientras mastica duraznos, inventa las leyendas,
apaga la luz del cuarto y tienes pesadillas.

En Australia conducen a la Gran Boa
del agua al arcoiris para que llueva y los
akikuyus la casan con sus doncellas.

Matar a la cobra de Madrás nos vuelve
impuros y sólo con una ofrenda de leche
perdona nuestro pecado.

El áspid protege al niño indio que la
toca; los hijos del clan pitón se acunan
entre serpientes y en Luchon arden
vidas en el fuego solisticial de verano.

Pero los tártaros saben que una bruja
no muere ni aunque le arranquen el
bandullo: persiste mientras no maten
su alma reptante de siete cabezas.

La serpiente es el catamenio.

Tuviste un mal sueño porque los dioses
jamás te enseñaron a dormir, ni explicaron
los rasgos que deja toda sombra.

Soñaste que la serpiente anidó contigo desde el huevo:
soñaste que te mordizqueaba el talón y perdías la memoria,
soñaste que bajaba por tus muslos en medio de temores,
soñaste que era demonio y le pisabas con el tacón izquierdo,
soñaste que le mordías y era una manzana
y la manzana ardía, como un juramento,
el pezón que endurece la soledad.

Soñaste que invadía tu boca y perforaba tus oídos
y penetraba por tu nariz y hurgaba cuevas
que nunca antes habías conocido.

Soñaste que portaba lentes sobre la cabeza
y era una anaconda que te abrazaba para dormir contigo
y al despertar era una pitón ensangrentada
que te arrullaba con su rumba de cascabel.

Soñaste que era tu sombra pero no sabías
y te acosaba desde una botella de aguardiente
y acosaba tus horas, tu lecho y tus oficios
y contigo vadeaba ciudades, ríos, montañas;
recorría jardines, ferrocarriles y umbrales;
cruzaba el tiempo contigo. Pero no sabías.

Soñaste que despertabas con la piel sudorosa
y creíste despertar entonces de verdad
pero en tu lecho solitario persistía
la huella del súcubo: su piel
abandonada entre tus dedos.



F. Ocaña

Cierta mujer sonríe
cuando teme,
cuando quiere creer,
cuando no sabe...
Quiere cambiar de piel
pero no puede.





J. A. CONTRERAS

Ahora ya lo sabes:

toma la serpiente y acúnala en tu mano:
incéndiala con mirada fresca
y masca sus cenizas para lavar tu colmillo.

Mécete a su lado y nada temas:

mírala desprenderse de su piel: cobíjate con ella:
toca la flauta para que se levante y degüéllala:
pringa con sangre fría tus entresijos,
cubre tu rostro con máscara escarlata y grita:
posesiónate de tu sombra como si fuera el tiempo.

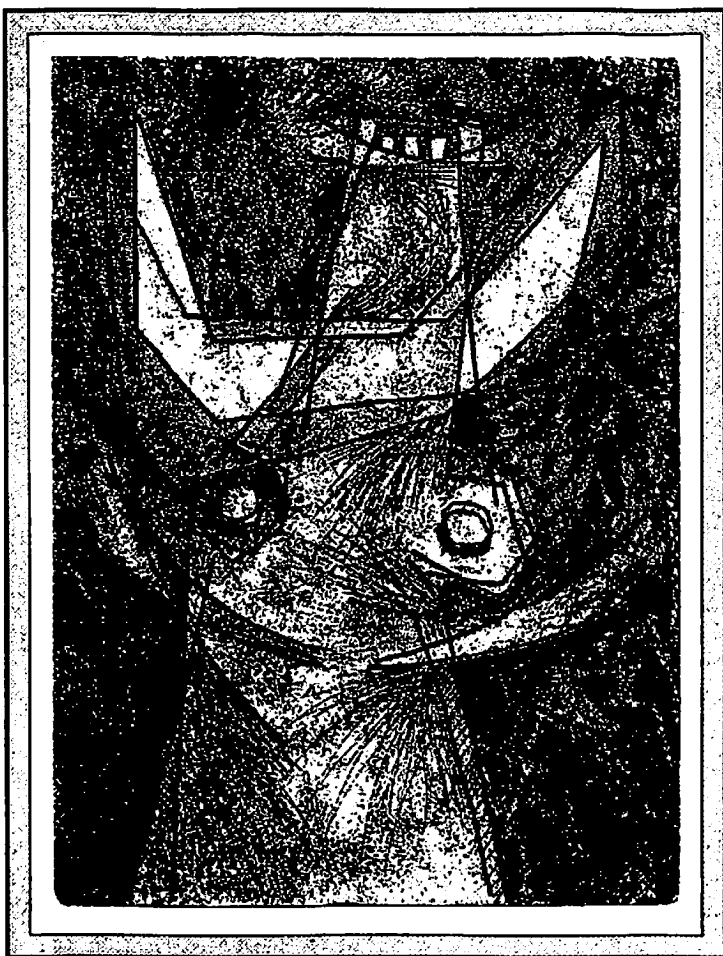
Camina después sobre el arcoiris de agua
y olvida su promesa.

Que lleve la gran serpiente sobre el universo
y su huella quede sobre pirámides y dioses.
Que nazca la vida otra vez con doble lengua:
que habite tus entrañas su deseo.

Aquí está la serpiente dormida cuando duermes.
Despierta su ojo sin párpado con un sueño tuyo.

Julio 16, 1996; Cerro de Coatepec.

J. SACRISTÁN



Diseño: Gabriela Vélez Chavarría



Universidad Autónoma del Estado de México
UAEM